

NOTIFICACIÓN

Instrucción del 12 de junio de 1960 sobre la vestimenta masculina usada por las mujeres

POR EL CARDENAL SIRI

Texto italiano de la *Revista Diocesana*

Anno XLIX, n. 6, Giugno 1960, p. 138 y ss.
Archivos del arzobispado de Génova

Presentación

El Cardenal Giuseppe Siri publicó una *Notificación* en la revista de la arquidiócesis de Génova, con fecha 12 de junio de 1960. En ella, el arzobispo trata la cuestión de la vestimenta femenina y más específicamente del uso de los pantalones.

La reedición y la traducción de ese texto nos parecen muy pertinentes, porque, a pesar del tiempo transcurrido, es muy actual. Y esto por una doble razón: por un lado, expone motivos que no dependen de las circunstancias, sino de nuestra naturaleza humana y de nuestra vocación divina; y por otro lado, el flagelo denunciado, entonces naciente, no desapareció ... al contrario, se difundió por todas partes, y ante nuestros *ojos* impotentes se verifican las catástrofes entonces anunciadas; por lo tanto, si se quiere poner coto a la desmoralización de las costumbres cristianas, es urgente suprimir sus causas y, en particular, retomar el camino de la decencia en el vestido.

El lector atento se dará cuenta enseguida de que el Cardenal Siri omite toda referencia, toda indicación para apoyar sus enseñanzas. Ello no debe extrañarnos, porque el cardenal, siendo arzobispo de Génova y doctor en su diócesis, enseñaba con autoridad y podía, pues, dispensarse de mencionar las fuentes en las que se inspiraba. Además, es probable que redactara el texto rápidamente, queriendo reaccionar sin demora ante un uso que juzgaba dañino y que quería abortar en su nacimiento. No obstante, no hay duda de que esta advertencia se inscribe en la línea de la revelación divina:

"Que la mujer no use vestimenta masculina, ni el hombre vestimenta de mujer: porque quien así actúa es abominable delante Dios " (Deut. XXII, 5).

Nuestro contrapunto final procurará manifestar este acuerdo de la tradición católica en materia de modestia cristiana.

El Cardenal Siri, en conformidad con la Carta imperativa *De inhonesto vestiendi more* que el Papa Pío XII ordenó a la Sagrada Congregación de Ritos enviar a todos los Ordinarios el 15 de agosto de 1954, cumplía con su grave deber pastoral. Con esta misma seriedad debemos recibir el fruto de su celo por la salvación de las almas y la santidad de las costumbres cristianas.

UT IN OMNIBUS GLORIFICETUR DEUS

NOTIFICACIÓN SOBRE LA VESTIMENTA MASCULINA USADA POR LAS MUJERES

A Nuestro clero

A todas las hermanas educadoras

A Nuestros queridos hijos de la Acción Católica

A los educadores que quieren inspirarse realmente en la doctrina cristiana

Las primicias de una primavera ya tardía, nos advierten este año sobre un cierto incremento en el uso de ropas masculinas por parte de las jóvenes y señoras, incluso madres de familia. Hasta 1959, en Génova, tal costumbre señalaba generalmente a una turista; pero se tiene la impresión de que un número no despreciable de jóvenes y

Pero no se trata sólo de cubrir, sino también del porte. Bajo este punto de vista, no sería exacto decir que los pantalones no muestran más la forma que las polleras. En general, aquellos son más ajustados y este aspecto es un motivo de preocupación. tal vez no menor que la misma exhibición del cuerpo. Se trata de una faceta que no debe descuidarse en un juicio completo, aunque tampoco deba exagerarse.

II. Sin embargo, Nos parece que hay un aspecto más grave en el uso de los pantalones por parte de las mujeres.

La vestimenta masculina usada por las mujeres:

- a) *altera la psicología propia de la mujer;*
- b) *tiende a viciar las relaciones entre la mujer y el hombre;*
- c) *lesiona fácilmente la dignidad materna ante los hijos.*

Estos puntos serán examinados en profundidad a continuación.

Altera la psicología de la mujer

De hecho, el motivo que empuja a la mujer a usar pantalones es siempre la imitación, es más, la competencia con relación a quien se considera más fuerte, más desenvuelto y más independiente. Este motivo manifiesta claramente que la vestimenta masculina es la ayuda sensible para actualizar un hábito mental para "ser como un hombre". En segundo lugar, desde que el mundo es mundo, la ropa exige, impone y condiciona gestos, actitudes y conductas y desde lo externo llega a imponer una determinada impostación psicológica.

No se excluya pues, que la vestimenta masculina usada por la mujer esconda, menos o más, una reacción continua contra su feminidad a la que considera como una inferioridad, cuando sólo es una diversidad. La contaminación de la trama psicológica se torna evidente.

Estas razones, que condensan otras, son suficientes para advertir sobre la deformación de la mentalidad femenina hacia la cual lleva el uso de ropa masculina.

Tiende a viciar las relaciones entre la mujer y el hombre

En efecto, las relaciones entre los dos sexos, cuando el desarrollo de la edad alcanza la madurez adecuada, están caracterizadas por un instinto de mutua atracción. Base esencial de la atracción es la diversidad, que es la que posibilita la mutua complementariedad. Si esta "diversidad" ya no es tan evidente porque se anula uno de sus elementos externos reveladores y porque se aplaca una conformación psicológica, se produce la alteración de un dato fundamental de la relación.

Pero no es solo esto: a la atracción la precede, natural y cronológicamente, el pudor, que frena, impone respeto y tiende a elevar a un plano de estima y de saludable temor, todo cuanto el instinto sublevado incitaría a actos menos controlados. El cambio de vestimenta, que con su diversidad se torna reveladora e incentivo del límite así como de la defensa, al aplanar las distinciones, tiende a hacer caer la misma defensa del pudor.

Por lo menos la disminuye. Sin el freno del pudor, las relaciones entre el hombre y la mujer se ven arrastradas hacia la mera sensualidad, trasponiendo el respeto y la estima.

La experiencia dice que cuando la mujer se asimila al hombre, las defensas se atenúan y la debilidad aumenta.

La ropa masculina lesiona la dignidad materna frente a los hijos

Todos los hijos tienen instintivamente el sentido de la dignidad y del decoro de la madre. El análisis de la crisis interna inicial que atraviesa el niño al abrirse a la vida y aún antes de entrar en la adolescencia, revela cuánto se pone en juego aquí el sentido de la madre. Los niños son delicadísimos en ese punto. Los adultos, en general, olvidaron todo esto y perdieron el gusto por ello. Sería bueno repensar las austeras exigencias instintivas que tienen los niños con relación a su propia madre y las reacciones profundas y finalmente, terribles, a las cuales dan lugar las constataciones poco satisfactorias sobre el comportamiento de la madre. Muchas líneas del "después" quedan trazadas-y negativamente-em estas primeras vivencias de la infancia y la pre-adolescencia.

Pero es necesario pensar en lo que, lenta y solapadamente, se debilita, se macera, se corrompe.

Es posible pensar en una satisfactoria reciprocidad en el ámbito conyugal, si se altera la psicología femenina?

Es posible pensar en una educación de los hijos, delicadísima en sus procedimientos, tejida de imponderables en los que la intuición de la madre y su instinto juegan un papel fundamental en los años más tiernos? Qué podrán dar estas mujeres, cuando hayan incorporado el pantalón lo suficiente como para sentirse en competencia con el marido y no modelarse en función de sí mismas?

Porque desde que el mundo es mundo, o mejor dicho, desde los primordios de la civilización, todos los hombres tendieron siempre a adoptar vestimentas diferenciadas de acuerdo a las diferentes funciones ejercidas. No constituye esto acaso un testimonio severo del consenso del género humano y de su intuición de una verdad y una ley superiores a sí mismo?

En conclusión, el uso de los pantalones por las mujeres, a la larga, constituye una fuerza disolvente del orden humano.

IV. La consecuencia lógica de cuanto fue expuesto es la de suscitar en todos los responsables un verdadero *estado de alarma*, severo y decidido.

Nos dirigimos, pues, esta grave admonición a todos los párrocos, a todos los sacerdotes y sobre todo a los confesores, a los asistentes de asociaciones religiosas, a todos los religiosos, religiosas y especialmente a aquéllos que son educadores.

Los invitamos a tomar clara conciencia sobre este tema, y ser consecuentes al respecto. Esta conciencia es lo que importa y la que sugerirá la actitud a tomar en el momento oportuno. Pero que no nos sometamos a la corriente como ante un hecho ineluctable, como ante una evolución fisiológica de los hombres, etc.

El hombre podrá ir y venir, porque Dios le ha dejado un gran "margen de oscilación"; pero las líneas sustanciales de la naturaleza y las líneas no menos sustanciales de la ley eterna jamás cambiaron, no cambian y no cambiarán. Existen límites que pueden ser traspuestos cuanto se quiera, pero que tienen como consecuencia la muerte; hay límites que vacías insuflaciones filosóficas pueden escarnecer o no tomar en serio, pero que componen la conjura de los hechos y de la naturaleza contra sus transgresores. Y la historia nos enseña con creces, con terrible evidencia en la vida de los pueblos, que la respuesta a los forzamientos de las líneas maestras "humanas" son siempre, antes o después, las catástrofes.

Desde Hege! y su dialéctica, nos han machacado que todo esto no constituye más que puras fábulas, y a fuerza de escucharlo repetidamente, muchos han terminado por aceptarlo, aunque sólo sea de forma pasiva. Pero la verdad es que la naturaleza y la verdad y con ellas, la Ley natural, continúan impertérritas en su existencia y arrollan a los ingenuos que creen, sin pruebas, en grandes y radicales mutaciones de la propia naturaleza humana.

La consecuencia de esta violación de la naturaleza no es una nueva "línea de equilibrio", sino los desórdenes, la inestabilidad dolorosa, la horrenda y espantosa aridez de las almas, el aumento pasmoso de los deshechos de la humanidad, excluidos prematuramente de la convivencia social, que esperan el ocaso inmersos en el tedio, la tristeza y el desprecio. Bajo las ruinas de las normas eternas se alinean las familias destruidas, las vidas aniquiladas, los hogares extinguidos, los ancianos rechazados, los hijos degenerados y - finalmente - la desesperación y los suicidios. Todo esto confirma que la "línea de Dios" resiste y no admite adaptaciones a los delirios de los soñadores mal llamados filósofos.

V. Hemos dicho que aquéllos a quienes se dirige la presente notificación están invitados a tomar conciencia con alarma frente al problema en cuestión.

Por lo tanto, son éstos quienes deben alertar, comenzando por las niñas desde el jardín maternal.

Son ellos quienes deberán limitar su tolerancia, de modo habitual, sin caer sin embargo, en exageraciones o fanatismos.

Jamás deberán tener la debilidad de dejar creer que condescienden con el uso de una vestimenta degradante y que compromete toda la moralidad de las instituciones.

No negamos que la vida moderna plantea problemas y exigencias distintos a las que tuvieron que enfrentar nuestros abuelos. Pero afirmamos que hay valores que deben ser salvados, asaz más importantes que las contingencias de la experiencia y que no por nada existen la inteligencia, el sentido común y el buen gusto para resolver de modo aceptable y digno los problemas que van surgiendo.

Es por un deber de caridad que combatimos el achatamiento del género humano, perpetrado, atentando contra las diferencias sobre las cuales se basa la complementariedad de las funciones.

Cuando se ve una mujer en pantalones, no es en ella en quien debemos pensar, sino en toda la humanidad, y en lo que se convertirá cuando las mujeres se hayan masculinizado completamente. Nadie tiene interés en promover para el futuro una era en que imperen lo indefinido, lo equivoco, lo incompleto y - en definitiva - lo monstruoso.

Esta Carta no está dirigida al público, sino a los que tienen a su cargo almas, la educación, la vida asociativa católica. Cumplan con su deber y no sean vigías adormecidos ante la infiltración del mal.

Genova, 12 de junio de 1960

Giuseppe, Card. Siri
Arzobispo

Contrapunto

A propósito de un punto importante pero restringido - el uso de pantalones por las mujeres - el Cardenal Siri nos introduce en un problema de orden más general, la modestia cristiana; debemos estarle agradecidos por haber dado esta amplitud de visión a su Notificación. En efecto, no se contenta con señalar que el uso de los pantalones es una ofensa a Dios, quien exige una vestimenta adecuada, también demuestra que constituye una grave desviación .

La mentalidad moderna, expresada y sustentada en la ropa masculina, tiende a hacer desertar a la mujer del gran e irremplazable papel que Dios le confió: educar el corazón de los hijos, establecer la santidad de las costumbres cristianas y conservar a toda la familia en la virtud de la pureza - substrato necesario de todas las otras virtudes cristianas y la salvación eterna. Mientras que los niños y los adultos se pierden porque reciben escorpiones en vez del pan que sólo una madre irreprochable puede darles, la mujer liberada queda reducida a usurpar el papel correspondiente a los hombres, en el que solo encuentra un estúpido orgullo y una profunda inadaptación. La modestia pide que cada uno permanezca en su lugar y allí cumpla santamente la vocación propia recibida de Dios nuestro Creador, nuestro Redentor y nuestro último fin.

La modestia, considerada en toda su amplitud, es una pieza vital de la vida cristiana. Está incluida entre los doce frutos del Espíritu Santo enumerados por San Pablo:

"El fruto del Espíritu Santo es la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la dulzura, la fe, la modestia, la continencia, la castidad" (Ga1. V, 22).

La modestia se relaciona con la virtud de la templanza, de la que constituye una disposición y una prolongación; su papel propio es el de regular ciertas pasiones sensibles y moderar sus

manifestaciones exteriores. El oficio de la modestia es pues irremplazable; consiste en quedarse en la periferia de la virtud de la templanza para acabar su obra y edificar a su alrededor una muralla necesaria para la salvaguardia de la misma templanza y de otras numerosas virtudes.

El lenguaje habitual retuvo tres aspectos de la modestia:

- un aspecto relativo a la virtud de la CASTIDAD - modestia en el porte y en el vestido, la mirada y el lenguaje;

Fue esta triple muralla la que opuso Nuestro Señor al demonio que lo tentaba en el desierto después de su ayuno de cuarenta días, mostrándonos así que la modestia vence todas las tentaciones, preserva de todo peligro y nos toma invencibles ¹.

Es más que evidente que esta modestia se perdió, incluso entre quienes hacen profesión de seguir a Jesucristo y de defender la fe y la tradición católicas: basta con escuchar a nuestros cristianos de hablar tan poco pulido, tan fáciles para la broma dudosa, tan prontos para la jactancia; basta verlos dejar que sus ojos se arrastren por todos lados o tan fácilmente desaliñados; basta ver a nuestras cristianas con las rodillas al aire o con pantalones, con la cabeza descubierta en la iglesia o pintarrajeadas como indígenas preparados para la guerra. Es muy triste constatar tan poca atención a la presencia del Espíritu Santo en su alma y en la del prójimo, y constatar también el olvido de nuestra vocación de vivir en la intimidad de Dios tres veces santo e infinitamente puro.

En esta derrota de la modestia, las responsabilidades son graves y múltiples. Los predicadores y confesores dejaron de recordar y exigir los requerimientos del Evangelio; los padres dejaron de enseñar; los jefes de familia, de gobernar su hogar.

Las almas se convirtieron a Jesucristo, la cristiandad de esparció gracias la coraje y la caridad ardiente de los *Padres Misioneros*; a la inversa, la cristiandad se hunde, las almas abandonan a Jesucristo a causa de la cobardía y la tibieza lamentable de los padres *dimisionarios* (a veces muy exigentes con sus futilidades o manías), que ya no quieren o no se atreven a hacer reinar en sus familias la modestia cristiana, protección indispensable para que Jesucristo sea honrado en todo y por todos.

Señor censor, ya nos estamos en 1960!... Es cierto; pero esta constatación banal no quita nada a las razones expuestas por el Cardenal Siri. La generalización del uso de los pantalones y el imperio de la inmodestia no hicieron que las exigencias de la vida cristiana se convirtieran en algo caduco. Al contrario, esto hizo entrar en liza un elemento nuevo, más glorioso o más grave: vestirse modestamente no es ya sólo una protección de la virtud, se convirtió en un verdadero testimonio de adhesión a Jesucristo.

Muchas de las mujeres y jóvenes que adoptan (completamente o a medias) las modas indumentarias contemporáneas tranquilizan su conciencia diciéndose que no lo hacen por

¹ No se debe olvidar una cuarta función de la modestia, función que los antiguos enseñaban (Santo Tomás se refiere a Cicerón en la materia), función relativa a la virtud de estudiosidad. El objeto de esta virtud es regular el apetito de conocimiento del hombre, regular el estudio para moderarlo o estimularlo, y sobre todo, para aplicarlo correctamente. La curiosidad hace que nos interese en mil cosas inútiles (cuando no son malas o no ponen en nuestro corazón una ambición irrazonable) y al mismo tiempo, dejemos de lado el estudio del saber relativo a nuestro deber de estado -ya sea del deber de estado de bautizado y confirmado, de padre o de madre, de esposo o esposa, de sacerdote o consagrado a Dios, o bien del deber de estado profesional. En este sentido, la modestia es muy desconocida, porque somos una mezcla extraña de profunda pereza intelectual y de curiosidad insaciable.

sensualidad ni para asimilarse a los hombres, y que esto no les impide ocupar dignamente su puesto en la familia. Se olvidan de que no pueden conocer ni dominar la turbación de sus hijos y de su prójimo, pero pasemos de largo ... Actúan así para fundirse en la multitud, para que no las señalen con el dedo ni ser objeto de burlas; lo hacen para escapar de un testimonio que les cuesta, lo hacen por vergüenza de la virtud que profesan: "No quiero vestirme como una monja!", oímos decir a veces a estas personas divididas, sin coraje para enfrentar la mirada de su prójimo. Y sin embargo, si supieran cómo las respetarían y honrarían aquéllos cuyo juicio temen, *si* se vistieran con modestia! Sobre todo, podrían decir con una dulce alegría que están excluidas de la desaprobación de Jesucristo:

"Porque aquél que se avergüence de Mí y de mis palabras en medio de esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de Su Padre acompañado de los santos ángeles" (Mc. 8,38).

Si la desaparición de la modestia anuncia la muerte de las costumbres cristianas- como nos lo recuerda vigorosamente el Cardenal Siri- en cambio, el culto de la modestia trae aparejado una cantidad incalculable de bienes. *Así lo atestigua San Bemardo:*

""La modestia es la perla de las costumbres, la vara de la disciplina, la hermana de la continencia, la lámpara del alma casta; hace desaparecer el mal, propaga la pureza; es la gloria especial de la conciencia, la guardiana de la reputación, el honor de la vida, la sede de la fuerza, las primicias de la virtud, lo más loable de la naturaleza, y el ornamento de todo lo que es honesto" (S.. LXXXVI, *in Canticum Canticorum*).

El Padre Emmanuel du Mesnil-Saint-Loup, que volvió a Dios hace exactamente un siglo, probó a través de la conversión admirable, profunda y duradera de su parroquia, la verdad y la eficacia de la enseñanza contenida en las páginas que acabamos de leer. Dejémosle la última palabra:

“Existe una relación entre el lujo y la lujuria. Donde entra la vanidad, se va la piedad. La crisis de la vanidad en una mujer es decisiva; si la supera exitosamente, significa su salvación. Los hombres no podrían, en general, ser castos, si las mujeres en general no son modestas. Es una necesidad poder distinguir a las cristianas de las mundanas Y *cómo* distinguir las si no es por su modestia? La modestia es una de las marcas de la presencia del Espíritu Santo en un alma. La renuncia a la vanidad y a las vanidades hace parte integrante de las promesas del bautismo”.

En la fiesta de Santa Bernadita,

16 de abril de 2003

A.ndré Siasom